



# LA DIVERSIDAD DEL PARTIDO DEMOCRATA NORTEAMERICANO

*Seymour M. LIPSET*

**La situación de la izquierda en Estados Unidos resulta enigmática. Mientras los partidos socialistas y socialdemócratas se desvían hacia el centro de sus propios sistemas políticos nacionales basándose mucho menos en el concepto de Estado y acercándose más a los derechos individuales, el Partido Demócrata se aleja progresivamente de su centro redescubriendo una política económica fundamentalmente redistributiva. Fenómeno que podría explicarse por la conjunción de ciertos factores institucionales y de orden intelectual, aunque su principal motivo pareciera residir en la falta de una sólida organización del partido a nivel nacional. De manera que cada candidato, con total desinterés por el futuro político de su formación, para consolidar su posición personal intenta recoger en las primarias los votos del electorado de izquierda.**

**Q**ue la izquierda norteamericana no participe del cambio de rumbo general hacia la derecha puede parecer

irónico en el contexto de ese viejo y perenne interrogante acerca de por qué Estados Unidos es la única sociedad industria-



---

***Los demócratas norteamericanos  
siguen apremiando para que se  
lleve a cabo una redistribución  
de la renta.***

---

lizada que no tiene un partido socialista o laborista significativo, es decir, por qué este país resulta políticamente «excepcional».

En todo el mundo industrializado los partidos socialdemócratas, laboristas y socialistas renuncian a su marxismo, atenuando su enfática pretensión de ser movimientos de la clase obrera y asumen, cada vez más decididamente, posiciones populistas y reformistas más próximas al tradicional modelo norteamericano.

El Partido Demócrata, promotor de tal modelo, se ha ido alejando, en cambio, en dirección contraria. Aunque el partido no es de corte socialista y aunque Estados Unidos ha estado siempre, bajo el liderazgo republicano, menos comprometido —tanto en el plano político como en el de la opinión pública— en comparación con otros Estados económicamente desarrollados con el concepto de Estado asistencial, los demócratas han hecho suya la tasa de redistribución progresiva y, más que muchos partidos socialdemócratas, han tomado una orientación *anti-business*. Además, las doctrinas proteccionistas alentadas por los sindicatos han obtenido un cierto éxito en el partido mayoritario en el Congreso.

La política del partido sobre calidad cultural de vida, «permisividad», las cuestiones internacionales surgidas hacia los años 60 y la acción en favor de las minorías y de las mujeres, ha alejado a muchos demócratas tradicionales, particularmente aquellos militantes menos cultos y más reli-

giosos, mientras la mayoría demócrata en el Congreso clama por medidas fiscales mayores y más progresistas.

Aunque las doctrinas económicas neoliberales, que operan sobre las fuerzas del mercado, hayan obtenido reconocimiento público por parte de algunos políticos demócratas, e incluso apoyo parlamentario —durante los últimos años del gobierno de Carter y los primeros de la administración Reagan— a las medidas que propugnaban la reducción de las reglamentaciones económicas y de los impuestos, la historia del partido indica que esta tendencia se orienta, en los últimos tiempos, hacia la izquierda. A diferencia de muchos socialdemócratas europeos, los demócratas norteamericanos siguen apremiando para que se lleve a cabo una redistribución de la renta. Mientras que el programa del Partido Laborista británico de 1990 apoyaba el derecho de los inquilinos a comprar viviendas de propiedad pública, la presidenta de la Junta de Viviendas, la senadora Bárbara Mikulski, y su mayoría demócrata, se opusieron a la «transferencia de viviendas públicas a la propiedad privada (del arrendatario)» propuesta por John Kemp, secretario de Desarrollo Urbano y Vivienda.

Al aludir al cambio ideológico operado en los demócratas me estoy refiriendo a una amplia franja, la mayoría quizá, de la dirección nacional del partido, a muchos de sus delegados en las convenciones nacionales y a su más autorizada *intelligentsia*, no a sus votantes. Los sondeos de opinión indican que estos últimos son mucho más conservadores o tradicionalistas que la dirección del partido. Comparando las investigaciones sobre las respuestas de los delegados a las distintas preguntas en las convenciones de 1980, 1984 y 1988 con las respuestas de los militantes sobre la línea y posición del partido emerge la gran diferencia existente entre los cuadros del partido y el demócrata medio: el votante



tipo está situado políticamente más al centro que los delegados y candidatos nacionales.

No se trata sólo de la propuesta de un sistema más redistributivo de los impuestos y de la decisión de incluir en el título de la plataforma programática los términos «desarrollo económico controlado». La orientación hacia la izquierda del Partido Demócrata se expresa mejor en ese concreto empeño en favor de las minorías y de las mujeres bajo la forma de categorías protegidas o de cuotas de redistribución de las oportunidades económicas y de educación. Hasta la promulgación de las leyes sobre derechos civiles de 1990, el debate sobre tales cuestiones ha tenido siempre enfrentados a demócratas y republicanos: los primeros queriendo aplicar el principio «socialista» de la igualdad de resultados, los segundos poniendo el acento en la concepción norteamericana tradicional del mérito, en la igualdad de oportunidades en la carrera competitiva.

Con excepción de Jimmy Carter durante su primera campaña, los candidatos demócratas —de George McGovern (1972) a Michael Dukakis (1988)— han sido siempre asociados por la opinión pública al concepto político de un Estado fuerte en los sectores de servicios sociales y economía nacional, a una política exterior blanda y defensiva, y a una permisividad social respecto a problemas como las drogas, el crimen, los valores familiares y el comportamiento sexual. Si por una parte, llevados por razones raciales, muchos «cuellos azules» tradicionales y demócratas todavía apoyan, como quiera que sea, los programas del tipo *New Deal*, disienten sin embargo con la política social y la política exterior propiciada por la izquierda del partido.

Rechazar estas políticas no comporta necesariamente una clara oposición al Partido Demócrata. Puesto que el electorado nortea-

---

***Los sondeos de opinión indican que los votantes demócratas son más conservadores que la dirección del partido.***

---

americano continúa anteponiendo su interés particular a la ideología, muchas personas se adhieren a programas que propugnan la protección del ciudadano mediante la erogación de las prestaciones de asistencia sanitaria, la subvención de la instrucción universitaria, la protección de ancianos y la garantía de puestos de trabajo. Para asegurar tales objetivos votan demócrata al Congreso.

El Congreso es el lugar donde estas fisuras se manifiestan en sus últimas consecuencias. Sus miembros cumplen con sus cargos, se comportan como defensores cívicos y representan intereses, propugnan instancias particulares y descuidan aquellas de largo alcance. Y los demócratas, ligados a movimientos de masas y organizaciones con intereses populares, están en la mejor situación para desarrollar dichas funciones.

Siguiendo la máxima de Tip O'Neill, presidente de la Cámara, que afirma que en Norteamérica «toda política es local», los candidatos demócratas se presentan, con éxito, como defensores de cualquier interés dominante en sus colegios electorales.

Para comprender la razón de esta reciente historia programática del partido y por qué el cambio en la izquierda de Estados Unidos resulta tan distinto a lo que ocurre en la mayor parte de las otras democracias industrializadas, es preciso remontarse a la causa del primer rasgo norteamericano de excepcionalidad: la ausencia de un movimiento socialista.



Gran número de estudios sostienen que la política de clase socialista, tal como se ha desarrollado en Europa, no fue consecuencia tanto de las relaciones sociales capitalistas como de una sociedad preindustrial de tipo feudal que estructuraba explícitamente la jerarquía social según clases fijas, casi hereditarias. En consecuencia, la emergente clase obrera reacciona en el mundo político en términos de clase.

En Norteamérica, por el contrario, la más pura sociedad burguesa trató las clases sociales como compuesto económico. En comparación con Europa, las clases en Norteamérica han sido escasamente visibles. Por lo tanto la política de clases ha estado limitada en su acción. Walter Dean Burnham sintetiza esta tesis apropiadamente: «Ni feudalismo, ni socialismo: con estas cuatro palabras puede resumirse la realidad social de fondo que determina la política electoral norteamericana en la era industrial».

Cabría señalar que Marx tenía razón cuando sostenía que la situación ocupacional era uno de los factores determinantes de la orientación política y de la organización de clase en la sociedad industrial. En todos los países democráticos, incluidos los Estados Unidos, ha habido siempre una correlación entre estatus socioeconómico, opiniones políticas y voto. Las clases menos favorecidas han apoyado partidos que propugnaban mayor igualdad y protección contra las consecuencias de una economía de libre empresa mediante la intervención del Estado.

---

***Una característica norteamericana de excepcionalidad ha sido la ausencia de un movimiento socialista.***

---

Este modelo ha cambiado en las últimas décadas. El crecimiento proporcional de la población enrolada en la enseñanza superior, empleada luego en puestos del sector terciario, técnico-científicos y profesionales, ha generado una clase privilegiada de notables dimensiones, sensible a las causas reformistas no económicas, la ecología, el feminismo, los derechos de las minorías y de los *gays*, a la paz y defensora de una moral más permisiva, especialmente respecto a cuestiones sexuales y familiares. Estos temas han aportado nuevos frentes de batalla a la política dando origen a una variedad de movimientos de protesta *single issue*, es decir centrados en un problema específico.

Quien tiene una especialización posgrado es mucho más liberal en sus ideas, está más comprometido con «movimientos» y es más democrático en su comportamiento electoral. Como goza del porcentaje más alto de licenciados y doctores, Estados Unidos cuenta también, en comparación con cualquier otro país, con la mayor base para la nueva izquierda o la nueva política liberal. Las estadísticas parecen confirmar esta tesis.

Como señalara en 1971 el politólogo francés Jean-François Revel, «una de las más notables características de la pasada década es que las únicas revoluciones efectivas han tenido origen en Estados Unidos. Me refiero a todos los nuevos fenómenos de oposición designados con el nombre de *disensión*».

La *intelligentsia* crítica, cuya base es la nueva clase media, surgió hacia los años 50 con la formación del movimiento de reforma en el seno del Partido Demócrata, constituyendo el comienzo de lo que en seguida fue catalogado como «nueva política». Los años 60 vieron florecer plenamente esta «nueva política» en la oposición a la guerra de Vietnam, las luchas



por los derechos civiles, los movimientos de liberación de las mujeres y de los *gays*, los movimientos ecológicos así como también el surgimiento de nuevos estilos de vida.

Como ha señalado Revel, el nuevo tipo norteamericano de activismo, los movimientos sociales, y la política cultural de tipo radical surgieron durante los años 60 en otros países del mundo desarrollado que en ese momento entraban en el posindustrialismo. Se sucedieron así las protestas universitarias en todos los países europeos. Tendencias de extrema izquierda de amplio alcance arraigadas en grupos de la nueva clase media desafiaron el moderado liderazgo de los partidos socialistas basados en los sindicatos.

Pero los desarrollos de estas tendencias fueron «imitaciones del prototipo norteamericano o bien extensiones del mismo. Los disidentes europeos que representaban la única fuerza capaz de despertar tanto a la izquierda como a la derecha, al este y al oeste, de su sopor académico, son epígonos de los movimientos norteamericanos.»

El desarrollo de tales tendencias fue estimulado y reforzado por las luchas por los derechos humanos que, a partir de la decisión de la Corte Suprema de 1954 de abolir la segregación racial en las escuelas, produjeron una continua serie de intentos organizados: tesis a favor de la ampliación de los derechos políticos, económicos y la educación; de los derechos de los negros, de otras minorías étnicas, de los *gays* y de las mujeres.

Todo esto contribuyó a que personas con educación superior cambiaran hacia posiciones más radicales y a que los negros y otras minorías apoyasen a las fuerzas más liberales y de izquierda dentro del Partido Demócrata. Y llevó a los blancos social-

mente conservadores y menos ricos a votar republicano.

Los negros, que constituían el 20% de los demócratas militantes, apoyaban a Jessie Jackson y su Coalición del Arco Iris, grupo que, cuestiones de raza aparte, propugnaba la redistribución de la renta y una mayor intervención del Estado en la economía nacional. Un cierto número de diputados negros en el Congreso son abiertamente socialistas.

La incapacidad de Norteamérica para resolver el problema de la igualdad racial la ha dejado, en el segundo centenario de su independencia, mucho más profundamente dividida que otros países industrializados acerca de los derechos de las clases sociales más pobres.

Así entonces, si el primer rasgo excepcional norteamericano está relacionado con la diferencia entre el carácter burgués norteamericano clásicamente liberal (antiestatalista) y los sistemas *tory* más estatistas y defensores de una rígida división en clases de la Europa posfeudal, el segundo rasgo lo constituye el papel de Norteamérica en el desarrollo económico y de la educación y la necesidad de su gobierno de hacer frente, por primera vez, al reclamo de las masas, auspiciado por la *intelligentsia*, de «igualdad en los resultados» en términos étnicos y de sexo.

Para explicar la causa por la que los demócratas no han seguido el ejemplo de los

---

***En Estados Unidos se da una mayor importancia, en comparación con otras democracias estables, a los movimientos sociales.***

---



---

***Una característica de la política norteamericana ha sido la relativa facilidad con que han surgido los movimientos sociales.***

---

partidos de izquierda, como los laboristas ingleses y los socialdemócratas alemanes, al aceptar las presiones para desviarse hacia la derecha, es preciso un atento exámen de los factores intelectuales e institucionales.

Existen, según creo, cuatro elementos. El primero: la mayor importancia que Estados Unidos, en comparación con otras democracias estables, concede a los movimientos sociales que obtienen su fuerza de la desigualdad en el sistema electoral.

El segundo aspecto lo constituye la diversidad en la división de los poderes de gobierno y la ausencia de una disciplina de partido, mientras que los países de régimen parlamentario presentan un sistema centralizado más controlado, con una definida política de partido y de disciplina legislativa.

En tercer lugar está el hecho del diferente punto de vista económico que la izquierda, en los países con partidos y sindicatos de origen socialista o derivados del corporativismo, tiene frente al de los *liberals* y de los sindicatos, quienes jamás han apoyado una política económica nacional o acuerdos corporativistas (*trade off*) entre empresa, mano de obra y gobierno.

El cuarto elemento es la diferente respuesta de los intelectuales de los países que han tenido movimientos socialistas y/o comunistas fuertes a la crisis de la ideología marxista, y de los intelectuales de Estados Unidos donde la gran comunidad intelectual de izquierda jamás ha conocido un movi-

miento socialista o marxista nacional electoralmente significativo.

Una característica de la política norteamericana ha sido la relativa facilidad con que —una vez delimitada su diferencia respecto a los partidos— han surgido los movimientos sociales obteniendo importante impacto político. Si comparamos el sistema político norteamericano con el de las naciones europeas ricas en lo que respecta a la frecuencia e importancia de los mayores movimientos sociales, Estados Unidos se sitúa claramente en primer término.

En la estructura norteamericana los movimientos sociales son el equivalente de los partidos minoritarios. Y resulta imposible dar vida a otros partidos estables en un sistema en el que las elecciones principales abarcan un gran contexto, en cuanto extensión, para elegir a quien gobierne. Los sistemas parlamentarios alientan la formación de partidos minoritarios puesto que los grupos caracterizados por distintos valores e intereses pueden elegir sus miembros en colegios electorales separados.

Los movimientos norteamericanos extraelectorales, al no formar parte del común juego político de los partidos, deben ser, programáticamente, lo más extremistas posible. No están sujetos a la disciplina de partido, que sirve para obtener el apoyo del electorado. Por el contrario, intentan incitar a los líderes de los dos partidos mayores a responder a sus reivindicaciones.

Dada la debilidad de la organización partidista nacional, los movimientos epigonales de los años 60 han ejercido continua influencia sobre ambos partidos, empujando a los republicanos hacia la derecha (en contra del aborto, por una política dura contra el crimen, por una menor intervención del Estado en la economía) y, como ya hemos señalado, a los demócratas hacia la izquierda.



En los países de régimen parlamentario, los líderes de los partidos habitualmente permanecen en sus cargos incluso después de haber sido derrotados en las elecciones. Estando, poco más o menos, dentro del gobierno, pueden evaluar las consecuencias electorales de su política y ponerse a trabajar para cambiar aquello que parece haber fallado. Muchos de estos partidos, con estructuras electorales y de investigación fijas, que no son modificadas por los resultados electorales, producen elaboraciones científicas y recomiendan adaptaciones políticas en respuesta al análisis de las tendencias a largo plazo.

A causa de la separación entre el ejecutivo y el parlamento, en Estados Unidos los partidos han sido siempre más libres, menos regulados, menos burocráticos respecto a los de otros sistemas parlamentarios. Pero los distintos cambios y la expansión del sistema de las elecciones primarias que se produjeron entre los años 60 y los 70, han vuelto más débiles que nunca a los partidos nacionales, particularmente a los demócratas.

Habida cuenta de los inevitables cambios de liderazgo después de cada derrota electoral, de nómina y de congresos nacionales no controlados, ni siquiera influidos seriamente por las instituciones del partido, nadie puede pensar ni hablar por el partido si no controla la Casa Blanca. Los escrutadores, investigadores y consejeros principales cambian de elección en elección. Los candidatos primero intentan ser nominados y emprenden luego la búsqueda de financiación y el apoyo de los activistas en las elecciones pre-primarias que, para las posibilidades presidenciales demócratas, provienen en gran parte de los votos de izquierda. Los activistas del partido, que no se interesan por los relevos en los cargos, no se preguntan cómo se puede obtener la victoria o qué es lo que ha funcionado mal en las últimas elecciones: ellos sólo apoyan

a quienes sienten ideológicamente cercanos.

Como ha señalado el redactor jefe del *San Francisco Examiner*, Christopher Matthews: «Para ganar las elecciones locales y las primarias los candidatos necesitan apelar a esos fervientes activistas demócratas que se empeñan a toda costa en la selección presidencial. Muchos de ellos provienen de un amplio espectro que va desde el centro-izquierda a la extrema izquierda. Aquellos que se presentan a la elección como candidatos demócratas, que acuden en busca de votos a Estados donde tienen lugar las pre-primarias, tienen muy poco tiempo para los moderados y, mucho menos, para los conservadores».

Por lo tanto, comparado con los partidos europeos, el Partido Demócrata a duras penas existe como organización y por ello no puede aprender de los errores y operar cambios políticos respecto a los representantes que competirán en su nombre en las sucesivas elecciones presidenciales o que le representarán en el gobierno.

Las tendencias anti-Estado, individualistas y competitivas de los norteamericanos no estimulan la elaboración, por parte de los sindicatos o de otros grupos de interés, de propuestas destinadas a definir lo que sería conveniente para el país, para la economía o bien para su partido. ¿Es lícito pedir o exigir a un grupo cualquiera sacrificarse por el bien de todos, por el aumento de la productividad? El fin, según

---

***Comparado con los partidos europeos, el Partido Demócrata a duras penas existe como organización.***

---



palabras de Samuel Gomper, es siempre «más».

Los sindicatos norteamericanos, a diferencia de aquellos más «solidarios», católicos y socialistas de Europa, son más competitivos y se muestran tan desinteresados por el bienestar general como las empresas. Estas tendencias sindicales funcionarían mejor en una economía autárquica en expansión, en la que el comercio exterior tiene poca importancia. Para una nación empeñada en la competencia internacional resultan guías ineficaces.

El rechazo de los sindicatos a considerar líneas políticas que, a corto plazo, podrían conducir a la reducción del salario de los trabajadores a fin de mejorar la situación competitiva de la economía, podría cambiar como consecuencia de la situación, cada vez peor, hacia la que se dirigen las organizaciones obreras.

El porcentaje de la fuerza de trabajo empleada sigue cayendo. En 1988 hubo menos huelgas obreras que en los 40 años anteriores. Hoy más que nunca los sindicatos necesitan valores en la administración nacional, lo cual podría llevar a los demócratas a ocuparse más de ellos.

El contraste entre el comportamiento de los sindicatos en Norteamérica y las organizaciones análogas relacionadas con partidos obreros en cualquier otro país, refleja también desigualdad respecto a las estruc-

turas organizativas de los partidos que las apoyan. En Australia, Gran Bretaña y en la mayoría de los países europeos los sindicatos, aunque difícilmente, aceptan restricciones a su libertad de acción o una política de reducción de salarios dictada por los partidos que ellos apoyan. En Norteamérica es imposible que un partido obligue a los sindicatos (o a otros grupos) a aceptar una política que aparentemente ponga en entredicho sus intereses.

La necesidad de imponer una estructura de partido nacional y que los líderes puedan reforzar, por vía electoral, la política vencedora, resulta lo más difícil de conformar. La falta de organización se consolida a sí misma. Todo candidato presidencial se preocupa durante su campaña por unir los distintos sectores de su partido y, por tanto, no intenta controlar los desarrollos futuros. Un ejemplo reciente: en 1988 las fuerzas de Dukakis permitieron cambios en las reglas para la elección de delegados que, en 1992, podrían haber dado a Jessie Jackson, de haber vencido y haberse asegurado el mismo porcentaje de votos que recibiera cuatro años antes, muchos más delegados.

Como ya hemos visto, las filas de universitarios se convirtieron en Norteamérica en columna vertebral de la izquierda del Partido Demócrata. Las protestas estudiantiles y de los intelectuales contra la guerra de Vietnam y el apoyo a los derechos humanos han actuado como catalizador para el surgimiento de la «nueva política». Pero la *intelligentsia*, clase en franco crecimiento, ha sido más influyente, desde una perspectiva electoral, al fijar la agenda nacional, en particular la de los sectores de izquierda, contribuyendo así a plasmar el segundo rasgo de excepcionalidad norteamericana.

El apoyo de los intelectuales norteamericanos a la izquierda no es un fenómeno nuevo. Durante el siglo pasado también se mostraron contrarios al *establishment* y pro-

---

***Un aspecto singular es la constatación de que el marxismo goza de buena salud entre los intelectuales norteamericanos.***

---



movieron lo que Lionell Trilling ha querido llamar «la cultura adversaria», opuesta a los valores patrióticos nacionales y burgueses.

Los intelectuales han sido los más sólidos defensores de grupos de extrema izquierda relativamente pequeños, incluidos distintos partidos radicales. Aunque tales partidos han desaparecido, el más reciente sondeo de opinión (1989) entre académicos, muestra que el 50% se confiesa liberal mientras que sólo lo es el 11-20% en la totalidad del electorado de su sector. Entre aquellos que pertenecen a las instituciones más prestigiosas y a las universidades de investigación, el 67% de la élite docente es liberal.

Un aspecto singular de la excepcionalidad norteamericana es la constatación de que el marxismo está vivo y goza de buena salud entre los intelectuales. Como señala Gary Abrams: «Las universidades norteamericanas pueden ser uno de los últimos bastiones del marxismo intelectual, al menos en el mundo desarrollado». El politólogo de Oxford, John Gray, también afirma: «Las instituciones académicas de la Norteamérica capitalista serán el último baluarte de la teoría marxista...».

Gerald Marzorati, director del *Harper's Magazine*, subraya que los académicos radicales norteamericanos han abandonado el «liberalismo y sus ideas de tolerancia a favor de una mezcla de neomarxismo y semiótica..., de un lenguaje continental, precisamente el que acaban de abandonar los más jóvenes intelectuales europeos que asumieron el liberalismo, la defensa de los derechos del hombre y el pragmatismo. Irónicamente, estos pensadores y escritores “ultramarinos” no parecen abrigar ninguno de los fáciles antiamericanismos de sus padres intelectuales y de los académicos radicales de Norteamérica». El premio Nobel M.F. Perutz observa, en la *New York Review of Books*, acerca de las actitudes y obras de los académicos radicales en Norteamérica: «El

---

***Aquellos que poseen una formación universitaria representan el sector del electorado más orientado hacia la izquierda.***

---

marxismo puede estar desacreditado en Europa del Este, pero parece florecer aún en Harvard».

Un comentario similar hace Robert Alter sobre las diferencias entre los críticos literarios norteamericanos y los soviéticos, al destacar que «la literatura de nuestros círculos académicos es regularmente desterrada, castigada como instrumento de ideologías opresoras». Aunque, no obstante, después de un viaje a Moscú opine que «en el mundo todavía hay gente para quien la literatura cuenta mucho». El historiador de izquierdas Jonathan Wiener observó en 1989 que «la historia radical en la era de Reagan gozó en las universidades norteamericanas de la posición más sólida que jamás haya tenido».

La izquierda ideológica es también fuerte en Hollywood y entre los creativos de la televisión. Entre las filas de la *intelligentsia* hay muchos compañeros de viaje reclutados entre los cultos consumidores de la investigación universitaria y de la creatividad intelectual. Como ya se ha dicho, aquellos que poseen una formación universitaria de posgrado representan el sector del electorado más orientado hacia la izquierda. Estos grupos, más que otros, que son llevados a las urnas y a las elecciones primarias, expresan habitualmente preferencia por los candidatos progresistas manteniendo así orientado hacia la izquierda al Partido Demócrata.

El teórico socialdemócrata alemán Richard Löwenthal, señala el papel de los



---

***La izquierda en Estados Unidos, especialmente a partir de la Segunda Guerra Mundial, ha tenido escasa influencia.***

---

«doctrinarios intelectuales» en «la reforma organizativa del Partido Demócrata... que condujo a la candidatura de McGovern y a su derrota», y subraya «el contraste entre las consecuencias de una democracia interna en el partido, influenciada por fuertes grupos de activistas ideológicos, y lo que se necesita para obtener la victoria en elecciones democráticas».

La situación norteamericana, como vemos, es diferente a la de Europa, donde durante largo tiempo la intelectualidad se identificó con el marxismo y, con excepción de los economistas y otros expertos orientados políticamente, donde sólo unos pocos académicos militan políticamente.

La izquierda, especialmente a partir de la Segunda Guerra Mundial, ha tenido escasa influencia. Y los sindicatos no quieren a los intelectuales. La teoría radical se ha aplicado muy poco en política. En consecuencia, señala Gray, «la clase académica norteamericana... recurre, desde hace diez años, o bien una generación, a la retórica y a la teorización de la *intelligentsia* radical europea para justificar el ser extraña a su propia cultura... El marxismo académico norteamericano... es políticamente irrelevante y marginal... y compensa su manifiesta nulidad política buscando la hegemonía dentro de las instituciones académicas».

Por otro lado, las ideologías de izquierda han sido académicas en ambos sentidos del término. Ciertamente, siguen siendo impor-

tantes dentro del mundo universitario, y un vasto sector de la cultura norteamericana, a diferencia de lo que sucede en Europa, se muestra proclive a apoyarla. Merced a la posición que los intelectuales ocupan en el mundo universitario y en el de la información, la ideología de izquierda tiene una notable influencia en la política de los activistas del Partido Demócrata.

Si hoy la política europea se parece cada vez más al modelo histórico de Estados Unidos, ¿podemos esperar que este país, luego de la importante fisura ideológica y cultural de los años 60 y 70, se oriente hacia un nuevo debilitamiento de la ideología?

Un cambio como éste requiere una modificación en las posturas de la *intelligentsia*, posturas que en el curso de los años 60 y principios de los 70 fueron estimuladas y radicalizadas gracias a los éxitos obtenidos en el Tercer Mundo por los comunistas y otros movimientos de izquierda.

Dada la debilidad del radicalismo en Estados Unidos y la evidente caída del sistema comunista en la Unión Soviética, la alienación de los intelectuales norteamericanos, en comparación de su sociedad con otras, vive un desbocamiento emocional en el entusiasmo por los movimientos revolucionarios antinorteamericanos de Asia, Africa y América Latina.

Como quiera que sea, la izquierda intelectual norteamericana tiene ahora no sólo que enfrentarse con el hundimiento de los dogmas tradicionales de la izquierda en Europa oriental y occidental, sino también al rechazo de los valores socialistas y marxista-leninistas y la tendencia a aceptar nominalmente la economía de mercado y pluralismo partidista hasta en los países menos desarrollados.

Si bien en las últimas décadas pocos intelectuales de izquierda norteamericanos han



simpatizado con los enfrentamientos que se produjeron en la Unión Soviética, sin embargo el rechazo efectivo de la doctrina marxista debió tener, sobre las orientaciones de la izquierda, una influencia mayor de la que ha tenido sobre los socialistas en otros países.

Ciertos indicios de que los cambios de la izquierda europea están teniendo su efecto sobre los intelectuales radicales de Estados Unidos pueden encontrarse en la revista editada por uno de los principales activistas demócratas, Stanley Sheinbaum. La *New Perspectives Quarterly* proclama en la introducción a una mesa redonda sobre el triunfo del capitalismo: «La gran disputa ideológica de este siglo ha acabado. Una vez demonizado, el capitalismo se ha revelado después de todo el mejor amigo del hombre materialista».

Más sorprendente, quizás, sea el declarado cambio de opinión de uno de los mayores economistas socialistas, Robert Heilbroner, titular de la cátedra Norman Thomas en la New School for Social Research, que de modo inequívoco afirma: «La disputa entre capitalismo y socialismo ha terminado. El capitalismo ha vencido». E incluso más: «Por primera vez en el curso de este siglo —y por vez primera también en el curso de mi vida— debo decir que el socialismo no tiene estructura económica plausible. Hace tan solo medio siglo, la pregunta principal era cuán rápidamente iba a suceder la transformación del capitalismo al socialismo... Ahora la pregunta de este último tramo del siglo debe ser reformulada en términos distintos». Y continúa señalando que el éxito del capitalismo no solamente es político sino también económico, en cuanto que los hechos demuestran que el mercado ha vencido. Esto es cierto incluso en «la periferia. Basta con observar su enorme éxito en países asiáticos como Corea, Singapur, Taiwan y Thailandia».

---

***La alineación de los intelectuales vive un desbocamiento emocional en el entusiasmo por los movimientos revolucionarios antiamericanos.***

---

La posibilidad de un cambio hacia la derecha del Partido Demócrata se contrapone a la reivindicación de los Derechos Humanos. Las desigualdades relacionadas con la raza y condiciones de nacimiento ofende a las normas de los intelectuales, y los grupos de presión bien organizados estimulan esta sensibilidad. Ante la creciente tasa de criminalidad y la considerable masa de mendicantes y sin techo, los representantes más democráticos de la rica burguesía ilustrada apoyan una política simbólica de redistribución, mientras que las minorías a las que apoyan tienen realmente necesidad de tal política.

En su conjunto, constituyen la mayoría de aquellos que en las primarias votan al Partido Demócrata. Sin embargo, numerosos sondeos muestran que la mayor parte de los norteamericanos se opone a un aumento de los impuestos que sirva para ampliar el campo de acción del Estado social, si se exceptúa la sanidad pública.

Es importante señalar que, puesto que los Estados Unidos no son Estados gobernados por un partido socialdemócrata, los juicios acerca de la orientación hacia la izquierda del Partido Demócrata y hacia la derecha por parte de los movimientos socialistas en el resto del mundo no implican que la organización norteamericana se esté volcando hacia el estatalismo como algunos Estados y simpatizantes de la izquierda internacional.

Si bien operan dentro de un sistema antiestatalista, más sectario en términos reli-



---

***La mayor parte de los norteamericanos se oponen a un aumento de los impuestos que sirven para ampliar el Estado Social.***

---

giosos, más moralista e individualista que el de los países de la Comunidad Europea, los demócratas, como no están en el gobierno, se están desviando de las tradiciones históricamente dominantes hacia tendencias más propias de la izquierda europea.

Durante todo este tiempo los socialdemócratas europeos han cambiado hacia posiciones más liberales, basadas menos en el Estado y más cercanas a los derechos humanos. Mientras que las izquierdas ultramarinas parecieran acercarse a una visión común de los problemas, tales cambios, como hemos visto, comportan el giro demócrata hacia la izquierda, lejos del centro que paga en términos electorales, y el cambio de los socialdemócratas hacia la derecha, exactamente hacia el centro de sus sistemas políticos nacionales. Este es el enigma que intento explicar.

Algunos de los factores que históricamente han estimulado el crecimiento económico y determinado por tanto la caída del socialismo en Estados Unidos, es decir, el socialismo del individualismo y del *laissez faire* y la ausencia del centralismo administrativo, permiten hoy a la izquierda norteamericana ignorar las necesidades nacionales y seguir la lógica de su ideología: favorecer impuestos más altos, programas económicos redistributivos y nacionalistas y una política cultural y moral permisiva.

Algunos podrían sugerir que este énfasis, especialmente sobre las necesidades económicas y sociales, representa la respuesta al

aumento de la disparidad de la renta y de la pobreza que de manera evidente se refleja en el creciente número de personas sin techo durante la época de Reagan. Si no cabe ninguna duda sobre todo esto, el análisis comparativo sugiere que también en otras partes se comprueba algo parecido.

La tasa de desocupación ha sido más alta en la mayor parte de los países subdesarrollados que en Estados Unidos. Como afirma la revista *Forbes*, también la proporción de super-ricos ha sido mayor en otros países desarrollados: Canadá, Alemania, Japón y Suiza tienen un número superior de familias multimillonarias con una renta *per cápita* de dos millones de dólares. Un reportaje de la revista *Fortune* sobre el mismo tema incluye también a Gran Bretaña, Holanda, Suiza y Taiwan en la nómina de países que superan a Estados Unidos en este ámbito. Europa, Canadá y Japón, por su parte, se caracterizan por una mayor concentración del poder económico en manos de un número inferior de empresas.

Quienes buscan reforzar la estructura del partido de la izquierda norteamericana para hacerla más eficaz (el Democratic Leadership Council dirigido por los senadores Sam Nunn y Charles Robb, el California State Committee presidido por el exgobernador Jerry Brown y el líder de la «vieja guardia» encabezada por Robert Strauss) están unidos contra el igualitarismo institucionalizado y militante.

Charles Robb propugna que el partido «se libere del encanto de la nueva élite militante» y busca la reafirmación del «primado del partido nacional sobre las instancias particulares de los colegios electorales». Lo que intentan conseguir estos líderes es una organización capaz de ejercitar esas funciones primarias que, como quiera que sea, son propias de los partidos, tales como elegir candidatos y definir programas que



tengan la mayor influencia posible sobre el electorado.

En otros términos, querrían que el Partido Demócrata se pareciera a los partidos socialdemócratas de los demás países occidentales, poniendo, irónicamente, fin al carácter excepcional de la política norteamericana con un viraje hacia la derecha de su partido.

De cualquier modo, puede que la, aparentemente general, conversión en apoyo al capitalismo y al libre mercado que hoy vemos en Europa, sea de breve duración.

En calidad de defensores mayores del sistema, Joseph Schumpeter y, más recientemente, Irving Kristol, han hecho notar que el capitalismo no alberga la más mínima intención de resolver los problemas del género humano como fue lo propio del socialismo y del comunismo. El capitalismo y el libre mercado no constituyen una ideología utópica, incluso cuando se limitan a simples consideraciones económicas.

Como mucho, ofrecen las mismas promesas que una lotería, pero como ocurre en ésta, los premios están destinados a una minoría de jugadores. Por lo tanto, tiene que haber muchos perdedores, algunos de los cuáles serán recibidos, naturalmente, por los movimientos reformistas y anti-sistema. La distribución de premios tiene que ser muy desequilibrada y, como afirmara Tocqueville hace 150 años, la idea de igualdad empuja a los menos favorecidos a apoyar partidos y políticas redistributivas.

El capitalismo, que no promete eliminar ni la pobreza, ni el racismo, ni el sexismo, ni el desequilibrio ecológico ni la guerra, no puede, en términos idealistas, atraer a los jóvenes. Y como pusiera en evidencia Aristóteles hace 2500 años, los jóvenes —y podría agregarse, los intelectuales— buscan

soluciones totales por cuya razón cabe esperar la aparición de nuevos movimientos y nuevas ideologías.

Los intereses comunitarios relegitarán al Estado como actor social que promete un cambio y reducir, si no eliminar, la desigualdad social, de raza y de género más que la económica. A esto pueden agregarse las luchas ecologistas. No por azar han llegado a ser prioritarias en los partidos de izquierda, tanto en los de origen más antiguo, como por ejemplo los socialdemócratas, y en los más recientes como los verdes y neoliberales.

Los liberales clásicos defensores del libre mercado se resisten a tales políticas que interfieren el mercado y la libre competencia. La lucha entre la izquierda, que propugna el cambio, y la derecha, entendida como baluarte del *statu quo*, no ha acabado.

En los países dominados por el comunismo los términos izquierda y libertad son utilizados hoy para describir el libre mercado y las tendencias democráticas que intentan reducir el aparato burocrático del Estado, mientras que los términos derecha y conservador se usan para designar a aquellos grupos que defienden la intervención y control del Estado.

Ironías de la suerte, este es el mismo modo en que, en gran parte, fueron usados estos conceptos ideológicos durante el siglo XIX.

---

***Los demócratas se están deslizando hacia tendencias más propias de la izquierda europea.***

---



En Occidente, después del surgimiento de los movimientos socialistas, el término izquierda adquirió un significado que ponía mayor énfasis sobre el comunitarismo y la igualdad que sobre el concepto del Estado como instrumento de reforma. El término derecha, ligado al *establishment* más conservador, ha sido identificado, en particular

a partir de la Segunda Guerra Mundial, con la oposición a la intervención estatal. Aunque la palabra socialismo sea considerada hoy casi como despectiva, la disputa entre ambas tendencias no ha terminado. La historia política, el conflicto, seguirán.

*Traducción de Edgardo Oviedo*

---